

Petronio estaba de los nervios. La construcción del templo de Júpiter, en lo más alto de la colina de El Piquillo estaba dando mucho que hablar. Los habitantes de la ciudad celtíbera de Oliva habían aceptado sin demasiados remilgos su nueva situación de ciudadanos romanos debido a la mejora de sus derechos y de su situación económica. Sin embargo, sus creencias religiosas eran intocables. La tradición y la leyenda se habían transmitido de generación en generación durante siglos, tal vez milenios; por eso, no aceptaban a cualquier precio la imposición de dioses extraños.

Los nuevos gobernantes de la ciudad pertenecían al grupo de militares que estaban extendiendo los dominios de la Tarraconense hacia el oeste de la península. A éstos les acompañaba una buena cohorte de patricios y comerciantes, que se instalaban en las plazas conquistadas y hacían prevalecer la estructura social y cultural del imperio romano.

Constantino Marco procedía de la isla de Lampedusa. Siendo Pompeyo emperador de Roma, juró lealtad eterna al Imperio, y se embarcó en la conquista de Hispania. Había pasado más de veinte años al frente del ejército y, aunque su vigor estaba decayendo, mantenía una buena fortaleza mental. Cada vez con mayor frecuencia eludía el campo de batalla y se dedicaba a otras tareas que se le antojaban más importantes que ganar una plaza mediante las armas. Pasaba horas exponiendo las virtudes del imperio, intentando convencer a los habitantes de las ciudades por las que pasaba de que aceptaran su rendición sin derramamiento de sangre. Obtenía así grandes logros, como la anexión de puntos estratégicos a lo largo del valle del “Íberus flumen”. Esto le proporcionó una gran reputación entre las altas esferas de Roma.

Cuando llegó a Oliva, la población ya había aceptado el dominio romano. Cansado de tanto viajar y entusiasmado sin duda por su entorno natural se estableció en la ciudad, donde mandó realizar grandes obras de infraestructura, canalizaciones de agua y pavimentación de calles. La mejora del bienestar de la población le dio una popularidad nada desdeñable. Intentaba, además, ser justo a la hora de tomar decisiones, sin tener en cuenta si los afectados eran los nativos o los invasores. Sin embargo sus allegados, procedentes de diversas provincias, no veían con buenos ojos esa igualdad de trato y le presionaban para que evitara el mestizaje de culturas e impusiera las costumbres del imperio. Las tensiones se hicieron cada vez más evidentes, por lo que, a su pesar, decidió acatar las órdenes de sus superiores y convertir a Oliva en una auténtica ciudad romana. El primer paso fue latinizar su nombre: pasó a llamarse Libia. Después mandó construir un templo consagrado a Júpiter. Contrató a los mejores arquitectos y maestros canteros y eligió un punto elevado por su significado. La edificación podría contemplarse a gran distancia, y dominaría la visión de un buen tramo de la calzada romana que se estaba construyendo hacia Asturica.

Los más ancianos del lugar, con profundas raíces celtíberas, expresaban en el mentidero su preocupación por la imposición de religiones paganas. Les gustaba también acercarse a todas las obras que estuvieran en marcha para dar su opinión de expertos.

- Pues no sé, decía uno rubio de procedencia celta. A mí me parece que ese templo no está muy bien allá arriba. Le va a dar el aire siempre. Los días que tire el ábrego, no habrá quien se acerque.

- Mejor, replicaba otro de cara colorada. A mí poco me gusta ir, pero a éste de un dios que no conocemos, mucho menos.

- A mí, si dan algo, me verán por allí; de balde no subo, decía un tercero que había sido herrador de caballos.

La carreta de venta ambulante de pescado en salazón era el punto de reunión favorito de las mujeres. La noticia de la construcción del nuevo templo hacía temblar a las más religiosas. Ninguna de ellas pensaba cambiar a sus dioses de toda la vida por ese tal Júpiter a quien nadie conocía.

A pesar de las continuas habladurías y rumores que llegaban a oídos de Constantino Marco, éste continuó con el proyecto. Habló con su arquitecto de confianza, Petronio, para que diseñara la estructura y las dimensiones del edificio. Recorrieron la ribera del río y examinaron las rocas de varios puntos de la zona para elegir aquéllas que tenían mejores propiedades. Se decantaron por una veta de arenisca del valle, por su mayor dureza y abundancia. Pronto comenzó el movimiento de tierras, que los esclavos y los ayudantes de obra realizaban con destreza.

Sertia era una joven nativa de sólo quince años. Procedente de un clan de albañiles, se sentía atraída por las nuevas construcciones romanas. Aunque su afición no era común entre las mujeres, se las apañaba para colarse en las obras de las casas de los patricios y en los palacios de los nuevos gobernantes. Admiraba profundamente las estructuras de piedra maciza, los arcos de medio punto y las altísimas columnas de capitel corintio que los romanos habían copiado de los griegos. Acostumbrada a las edificaciones celtíberas, mucho más toscas y reducidas, se quedaba extasiada contemplando la majestuosidad de la arquitectura romana.

Cada mañana, antes de acercarse a la fuente para llenar el cántaro, se aproximaba con sigilo a las obras del templo de Júpiter, donde habían contratado a dos de sus hermanos. Petronio, quien dirigía la construcción desde un altozano que había convertido en oficina provisional, la veía llegar, puntual como el canto del gallo, apenas amanecía. El primer día pensó en aproximarse a ella porque no estaba bien visto que las mujeres se acercaran a las obras de un templo; a medida que descendía de su improvisado lugar de trabajo se fue fijando en sus rasgos: su rostro anguloso y su nariz recta, su pelo ondulado de color avellana y sus ojos de miel eran casi perfectos. Su cuerpo adolescente se adivinaba bajo su ropa hasta los tobillos. Buena modelo para una escultura – pensó. No le diré nada por esta vez, pero no me gusta que husmee por aquí.

Pasaban las semanas y el templo de Júpiter iba tomando forma. Sertia acudía a su cita diaria con puntualidad. Admiraba la técnica de los romanos para elevar piedras de gran tamaño. Una calurosa mañana del séptimo mes, se encontraba sentada en una piedra situada al lado del camino. Estaba tan absorta observando los trabajos de los canteros que no reparó en la presencia de Petronio. Éste se aproximó a ella por la espalda y le dijo:

- ¿Sabes que no está bien visto que las mujeres, y menos si no son romanas, se acerquen a los templos antes de estar consagrados a su dios?

- Por favor, señor, yo no he hecho nada - dijo ella asustada.

- No te preocupes, aquí no molestas. Pero no deberías quedarte.

Sertia se ruborizó, la respuesta del arquitecto la dejó perpleja. No esperaba amabilidad por parte de un romano, y menos en aquella situación. Cabizbaja, no se atrevía a hablar. Permaneció inmóvil durante un buen rato hasta que, recordando sus quehaceres diarios, se alejó a toda prisa.

Durante los días posteriores evitaba cualquier acercamiento a la colina; se prohibía a sí misma, incluso, mirar hacia el templo. Sin embargo era tal la atracción que la arquitectura ejercía sobre ella, que no podía pensar en otra cosa. Por fin decidió remontar la ladera de nuevo. Cuando llegó a la base de los pilares de la entrada se encontró con uno de sus hermanos, que la regañó delante de sus compañeros. Abochornada, sin replicar, retomó el sendero de vuelta. Petronio, le salió al paso y la saludó con una amplia sonrisa. Quitando importancia al suceso, la invitó a acompañarle en sus quehaceres diarios; ella al principio estaba muy recelosa, pero su afán por aprender superaba cualquier obstáculo ético. Dubitativa, aceptó el ofrecimiento, con el compromiso de no entorpecer las obras y de guardar el secreto de las técnicas de construcción romana.

Las columnas se elaboraban con rocas de arenisca esculpidas en forma de cilindros estriados que se colocaban unos sobre otros empleando rampas de tierra y un sistema de poleas.

Mediante el arrastre de los animales y de los esclavos, conseguían remontar las pesadas piezas que, a modo de rompecabezas, los ayudantes de Petronio iban ordenando.

- La parte más compleja e importante de una columna es el capitel- dijo el arquitecto-. Mi buen amigo Tiberio lo ha esculpido siguiendo mis indicaciones. Además de su función ornamental, debe aguantar el peso del frontón.

La delicada belleza de las hojas de acanto esculpidas en cada pieza sugería la destreza del maestro. Sertia deseaba conocer su trabajo, ver su taller, admirar sus obras. Le pidió a Petronio que la llevara allí.

- ¿Su taller?, -rió.- En quince pasos estamos en él.

Tiberio trabajaba en la explanada central del templo. Con mirada de experto seleccionaba las rocas por su calidad y por su color. Empleaba las más duras para las estructuras que tuvieran que soportar peso; las más bellas se destinaban a bajorrelieves y frisos. Para las estatuas, grandes bloques de mármol y de alabastro se encontraban alineados en un lateral. Según él, estos materiales llevaban dentro una preciosa escultura. Lo único que hacía falta era buscarla y sacarla de su prisión, para que el resto del mundo pudiera admirarla.

- ¿Qué hay dentro de esta gran roca?- preguntó infantilmente Sertia.

- Aquí estoy viendo al dios Júpiter con su cetro de oro.

- ¿Y en esta otra?

- Un momento, - dijo Tiberio- aquí veo a la diosa Venus, pero tiene tu cara.

Ella dio un paso atrás, asustada.

- No temas, - rió Tiberio - es normal que los maestros tomemos prestados los rasgos de los mortales para esculpir a los dioses. Tienes mirada firme e inteligente, cualidades innegables de nuestra diosa Venus.

Ese día Sertia no pudo dormir. Sus creencias religiosas se basaban en seres etéreos, distantes, inmateriales. Las fuerzas de la naturaleza eran consideradas dioses supremos; nunca entre sus antepasados se habían atrevido a representarlos con rostro humano. El concepto religioso romano era tan distinto al suyo que su mente adolescente comenzó a plantearse cuestiones que hasta entonces le habían pasado desapercibidas. ¿Cuál era la verdadera religión? ¿Por qué los dioses no eran iguales para todos? Se tumbó en su catre boca arriba y permaneció inmóvil durante mucho tiempo, con los ojos abiertos. Llegó a la conclusión de que todo era válido. Los dioses existían, eso era innegable, pero cada cual los materializaba de diferente forma. No eran mejores unos ni otros, simplemente eran los mismos, aunque cada religión o cultura interpretara de distinta forma sus virtudes.

Apenas se hubo levantado, Sertia cogió su cántaro y comenzó a ascender por la cuesta que llevaba al templo en construcción. La luz cobriza del amanecer incidía en su rostro y acentuaba los tonos tostados de sus ojos y de sus cabellos. El escultor observaba sus gráciles movimientos desde el altozano, imaginándola vestida de romana. Aceleró su paso para salir a su encuentro.

- Buenos días, Tiberio, ¿puedo ver cómo trabajas?

- Con una condición: debes ser modelo para una de mis esculturas.

- No puedo aceptar, estaría mal visto que una simple celtíbera representara a una diosa romana.

- En ese caso, mis secretos seguirán conmigo. Si yo te contara... en el templo de Diana, de Caesar Augusta, la cara de la diosa es la de la hija de un antiguo gobernante íbero. Y puedo poner muchos más ejemplos.

Dubitativa y nerviosa, Sertia aceptó la propuesta, pero solicitó de Tiberio que lo mantuviera en secreto.

En una de sus visitas rutinarias, Constantino Marco sorprendió al escultor y a su modelo realizando su trabajo. Admiraba profundamente la habilidad de Tiberio y permaneció allí durante un buen rato. Sertia se sentía incómoda con su presencia, ya que debía posar con el pecho descubierto.

El gran bloque de mármol iba tomando forma y en pocos días, la escultura quedó lista. El parecido con el original era tal, que la muchacha se asustó. De dimensiones inmensas, casi descomunal, fue colocada en un lateral, justo en frente de Júpiter. Petronio y Constantino Marco felicitaron al escultor y a su modelo por la impresionante obra de arte.

- Todavía tengo una sorpresa para Sertia – dijo Tiberio. En su mano portaba un objeto oscuro de poco más de un palmo. Esta escultura de bronce es para ti, una réplica de la gran estatua de mármol, para agradecer tu trabajo y tu inspiración.

Todos quedaron maravillados. Los detalles más inverosímiles habían sido minuciosamente trabajados: los cabellos recogidos y trenzados, los pliegues de su manto, el busto de adolescente y las manos, delicadamente dispuestas. La figura presentaba una graciosa fragilidad que no se apreciaba en la gran estatua del templo. Sertia no podía aceptar aquel regalo. Debido a su humilde condición, no se sentía capaz de poseer algo tan valioso. Le pidió a Constantino Marco que llevara la escultura de Venus a su casa para que adornase una de sus estancias.

La fiesta de la inauguración del templo estaba próxima y los sacerdotes procedentes de diversas ciudades comenzaban a llegar a Libia. Se preparaban, sin duda, para un buen banquete y una fastuosa celebración religiosa. Recorrieron todos los rincones admirando la destreza de los maestros canteros y reconociendo las virtudes del escultor. La estatua de Venus fue una de las más alabadas. Lo que no sabían era que ese rostro tenía dueña, y ésta era una muchacha celtíbera. La ley no autorizaba a utilizar a paganos ni a esclavos como modelos para las esculturas de los templos. Si eso sucedía y nadie lo advertía antes de la consagración del edificio, éste quedaba profanado y maldito para siempre, trayendo la desgracia a la población. La realidad era otra, ya que con mucha frecuencia se tomaban prestados los rasgos de personas de distintas etnias.

A los oídos del sumo sacerdote llegó que la escultura de Venus era la copia exacta de una joven nativa; pronto se desataron las iras de la curia y se ordenó su destrucción antes de la consagración del templo. Petronio y Tiberio fueron prendidos por ofensas a los dioses, pero nunca desvelaron la identidad de la adolescente.

Constantino Marco, que tenía gran influencia sobre los tribunales, impidió la ejecución de ambos prisioneros, pero a cambio éstos fueron desterrados. Con lágrimas en los ojos abandonaron Libia en el mismo día en que la ciudad se preparaba para la fiesta en honor a Júpiter. Nunca podrían ver su templo consagrado. Su obra maestra. Se alejaron a pie por la calzada romana vigilados por una veintena de soldados hasta que hubieron andado casi cien leguas.

Años de paz y prosperidad siguieron a éste, y la latinización de los celtíberos era casi completa. A su muerte, Constantino Marco hizo llamar a Sertia, con quien no había tenido contacto desde los sucesos del templo. Le desveló que la pequeña estatua de bronce estaba escondida en lugar seguro. Ella no se atrevió a buscarla, temerosa sin duda de ser descubierta.

Mil ochocientos años después, fruto de una casualidad, fue encontrada la Venus de Libia, casi único vestigio de una ciudad desaparecida, como si el caprichoso destino hubiera querido preservar para siempre lo que en su día se tomó como un delito imperdonable.